

Interrogar “el más acá y el más allá” de la lengua en *Ortopedia de la lengua* de Ángela Neira Muñoz.

Gilda Luongo

“La poesía es un humo que sopla sobre nuestros pechos.”

“La memoria también puede.”

Viviana Ayilef, poeta del Puelmapu, Argentina, en el lanzamiento del libro *El territorio del viaje* de Daniela Catrileo, poeta del Ngulumapu, Chile.

“Nunca se esperó que sobreviviéramos.”

Audre Lorde, *Letanías para la sobrevivencia*

“Sin un movimiento lesbo-feminista articulado, los escritos lesbianos permanecerían aún en ese rincón donde muchas de nosotras solíamos sentarnos a leer libros prohibidos ‘con mala luz.’”

Adrienne Rich, “Cuando las muertas despertamos. Escribir como re-visión”, en *Sobre mentiras secretos y silencios*, p.46

“Una crítica radical de la literatura impulsada por el feminismo podría profundizar, primeramente, en las claves de cómo vivimos, cómo hemos vivido, cómo hemos sido conducidas a imaginarnos a nosotras mismas, cómo nuestro lenguaje nos ha atrapado tanto como nos ha liberado, de cómo el mismo acto de nombrar ha sido hasta ahora una prerrogativa masculina y cómo podemos empezar a mirar y nombrar y por lo tanto a vivir de nuevo.”

Adrienne Rich, “Cuando las muertas despertamos. Escribir como re-visión”, en *Sobre mentiras secretos y silencios*, p.47

Recibo la invitación de Ángela Neira para leer y comentar su poemario *Ortopedia de la lengua* como una provocación y un goce de lecturas. Gratitud. Sé que la poeta es feminista, la conozco desde hace décadas. Sé que su posicionamiento es radical y esto me produce mayor gozo. Hemos sido compañeras de activismo, durante un tiempo, y aun cuando portamos las diferencias múltiples que nos cruzan a las mujeres feministas siempre, existe un espacio sinuoso en el que nos encontramos pulsando juntas: ese “nos-otras” que produce muchas veces urticaria en las mentalidades literarias de este país que gustan de lo autotético y lo universal, lo intocado por las políticas disidentes en estos ámbitos porque el arte de la literatura debe ser puro, níveo, universal. Leo, entonces posicionada, contaminada, sucia por mi subjetividad añosa, portadora de memorias, lecturas, activismos y saberes feministas múltiples que cubren mi piel, esta piel que he devenido, dermis y epidermis, estas manchas que amo más que nunca. No existe para mí otra posibilidad de vivir y sentipensar hoy. Eso me vuelve inevitablemente sospechosa, aguda y a veces cáustica. Habito una lengua bífida, víperina, que no renuncia, no obstante, a la ternura más profunda desde ese lugar (im)posible del “nos-otras”. Mi lectura de *La ortopedia de la lengua* es, en definitiva mi historia como sujeto mujer, vieja, sentí-pensante, afectiva, cultural y política en este lugar.

El “más acá” y el “más allá” de *La ortopedia de la lengua*

La lengua es una figura protagónica en el poemario. La leo, desde mi posicionamiento crítico feminista/sospechoso como una figuración múltiple que abre, expande, multiplica la materialidad a la que alude. La lengua habita el poemario en sus movimientos y formas múltiples, aun cuando hay dos puntas que la cercan, acechándola y expandiéndola: “el más acá y el más allá”. No sólo es metáfora ni metonimia, me digo, es una materialidad situada, incardinada, inscrita en el sentido que lo propone la teórica feminista y lesbiana Rosi Braidotti. De este modo, cubre la multiplicidad de diferencias que puede contener una

materialidad así de ancha, proliferación de diferencias, afirmo. Entonces este significado/significante incendiario se multiplica reverberante y ancho desde mi lectura. Pero antes de entrar a esta palabra-arma en el poemario, quiero referirme al sustantivo que lo antecede: “ortopedia”. Determinado por el artículo femenino “la” pareciera que esta es una zona de sentido definida, inamovible y fija. Su significancia aparece como autoritaria, totalizante, universalizante. Sospechosa sentipienso en su composición como palabra, en su étimo griego compuesto por dos sentidos “orto” y “pedia”. Ambas etimologías aluden a territorios hegemónicos del conocimiento en occidente. Lo correcto, recto, ordenado y la educación, ese territorio disciplinar que Foucault consideró entre la tiranía de los discursos verdaderos. El conocimiento emerge como un territorio a explorar desde mi vertiente de sentido feminista radical. Sin duda. El conocimiento, así dicho, ha sido uno, el Uno que excluye y expulsa a las otredades que me place llamar “saberes proliferantes”. La educación y la corrección, la rectitud vigilante y castigadora, en este proceso de formación de lo humano occidental, emerge como una punta significativa de este poemario-mapa-lengua. La lengua se aprende como un conocimiento que necesita ser recto, con sus reglas, sus normativas, sus leyes, su gramática, su sintaxis, su lógica, su razón ilustrada, su logos, su falocentrismo, su falogocentrismo. Aparecen así todas las disciplinas del conocimiento tejidas ordenadamente en esta trama. La ortopedia de la lengua es este trayecto del conocimiento lineal sostenido en la razón patriarcal. El poemario, me digo, ofrece una entrada singularizada a esta trama que acabo de proponer como una zona de interpretación posible desde el nombre del libro. Viviana Ayilef, poeta del Puelmapu, dice que nuestros libros son “fuerzas”, por lo tanto no tienen título, tienen “nombres”. Me seduce esta manera de sentipensar nuestras labores escriturales que cuajan en libros con nombres al fin.

Pero el poemario no sólo me provoca sentipensar desde esta vertiente que he nombrado y que abarca toda la cultura occidental. La laboriosidad poética de Ángela Neira se aboca a una singularidad. Lo dije anteriormente. La dibujo como la extranjería de esta ortopedia de la lengua desde ese “nosotras”, las mujeres de occidente, las que hablamos las lenguas dominantes, lenguas reconocidas como tales, universales, legítimas, hegemónicas porque hay otras mujeres que hablan en lenguas excluidas, minoritarias, lenguas bajo sospecha de barbarie, de in-civilización, de terrorismo, lenguas que no trabajan su orden desde el

binarismo significado/significante, ni desde la escritura como centro, esa ciudad letrada, al decir de Ángel Rama. La voz poética que construye Ángela se situará en zonas de resistencias múltiples a esta lengua y su ortopedia, ese sistema que nos colonizó sin miramientos. No es fácil este posicionamiento. Nunca lo ha sido para las mujeres que escribimos. El riesgo es que quedemos fuera del orden civilizatorio y entonces nos cubre el marginio, como lo nombra bellamente Maha Vial, poeta valdiviana. Este último nos acecha y nos desvela porque en él, no habrá reconocimiento de autoridades, ni laures, ni premios, ni invitaciones institucionales, ni genuflexiones anheladas. A lo más, habrá una escucha cómplice, solidaria y crítica entre nos-otras. La extranjería ante el sistema de la lengua, como quiero llamar a la resistencia frente esta ortopedia, se despliega así en la lengua poética, que es otra manera de habla, otra manera posible de sacar la voz, una no lineal, ni racional, ni causal, ni lógica. Esta otra manera, otra forma, está profundamente conectada al deseo, a una pulsión creadora. Lo leo así, feministamente hablando, porque esta pulsión no es estructura, está fuera de norma y escucha zonas del inconsciente que está estructurado como lenguaje. Ese “más acá” de la lengua, en el poemario, se desata, se expande en un continente ligado a un “antes”, chronos-aion, que leo como “antes” de lo civilizatorio. Leo, así, como pulso constante en el poemario entero la relación con lo preedípico, esa zona arcaica, bella, conectada con la zona materna, la figura materna, esa corporalidad, ese latido imparable, constante. Ese vínculo primero que no se dice, no se nombra y aparece sin lenguaje, porque efectivamente es un “antes” radical. Ese “sentimiento oceánico” como lo nombró Freud, al que siempre soslayó y dejó en la ambigüedad en sus intentos por elaborar, de modo incompleto, la sexualidad femenina. A esta zona innombrada Julia Kristeva la denomina “chora semiótico”, en su teoría, y este se manifiesta sólo en sonidos significantes que son heterogéneos y no totalizantes. Zona vincular de sentido, invisibilizada, silenciada por el falocentrismo solo podemos dejarla fluir en la labor creadora de la sublimación de lo amoroso y el primer sostén vital: las mujeres. Ese es el deseo que pulsa como un latido constante de frecuencias disímiles en el poemario. Lo quise escuchar llena de preguntas que tal vez permanecen sin respuesta. En la escritura de Ángela leo el protagonismo del cuerpo conectado a esta zona preedípica. Sobre todo la boca como cavidad carnosa que se expande en su tono rosado-rojizo, húmeda siempre y que permite el gusto, el sabor del mundo posible, esa subjetividad que nos constituye tan singularmente.

Simone de Beauvoir dice bellamente en *Memorias de una joven formal*: “Por la boca el mundo entraba en mí más íntimamente que por mis ojos y mis manos”. La boca pegada al pecho materno en la succión nutricia, experiencia sin memoria verbal, pero llena de pulsiones, sensaciones, percepciones que quedan en nuestra memoria arcaica. Ese degustar se despliega en el poemario en imágenes que van desde la náusea perpetua, el vómito provocado por el “más allá de la lengua”, hasta el disfrute del paladear en el movimiento incontenible del “más acá de la lengua”. Este último espacio es el “más acá” como órgano de la boca, como músculo móvil y versátil, que tiene su nacimiento en la garganta coexiste con los labios, los dientes más duros y firmes, como frontera, algunas protuberancias suaves y cálidas y termina en la punta de la lengua. Ese punto juguetón y lúdico que dibuja zonas de lo erótico entre mujeres y que asocio, impudicamente, al clítoris, órgano femenino innombrado y censurado, vergonzante como pene atrofiado, como órgano de la carencia en las mujeres, las que no accedemos al Significante universal, al falo, que no es sino el pene, esa excrecencia colgante, en la sofisticación de lo simbólico. El clítoris, “llamado amor o dulzura de Venus” dice Thomas Lacqueur (“Amor veneris, vel dulcedo appeletur”), en un texto en el que examina ese tránsito obligado por la cultura patriarcal y psicoanalítica en las mujeres: desplazamiento impuesto desde orgasmo clitorideo hacia el orgasmo vaginal, ese hueco, ese orificio que impone la “heterosexualidad obligatoria”, en palabras de Adrienne Rich, esa heterosexualidad compulsiva, ese régimen político que las feministas radicales nos solzamos en denunciar como tiranía del orden patriarcal.

Por último, otra zona de significancia bella del poemario, ligada a lo que he planteado recién, me toma en esta lúdica lectura. Es la figuración de la “lengua niña”. Otra vez se bosqueja el “más acá” de la lengua porque da espacio a la memoria, me digo. Una heterogénea, múltiple, porque la niña encarna lo heterogéneo y lo múltiple como imaginario que produce sentidos. La lengua niña es la sujeto en proceso, en el devenir que es el “infinito de la memoria” en estos contextos falocéntricos. Lo infinito de la memoria es una zona que abre procesos de significación no solo en la voz poética sino en nosotras, las lectoras. No se trata de romantizar esta figuración de modo ingenuo, más bien se trata de expandir su significación y dar lugar a las interrogantes posibles de continuar en este proceso de significancia. Cómo las niñas vivimos la lengua, cuánto de extranjería surge allí,

cómo esa memoria de lo que ocurre como experiencia posible de la producción de sentido heterogéneo, queda pulsando en porfía, aun cuando los silenciamientos y las exclusiones del deseo de las niñas en nuestras lenguas sea también interminable. Es bella y abundante esta figuración en la escritura de mujeres en nuestro continente y fuera de él. Siempre resulta ser un surtidor inagotable de interpretaciones posibles. Recuerdo, haber escrito sobre Simone de Beauvoir, cuando al recordar su infancia, la escritora se sentía poderosa y con su cuerpo de niña de cinco años resistía con su revuelta en pataletas contra el mundo adulto que la constreñía y la convertía en cosa. Simone, niña de cinco años, se sentía superior, porque en ella nada faltaba, percepción contraria a la que el mundo adulto le hacía sentir. Así afirmo en el texto “¿Cuál sexo de la infancia? Escena de Memorias en Simone de Beauvoir”.

Por último, decir que *La ortopedia de la lengua* como escritura poética me vuelve a Adrienne Rich, en su escrito “Sangre, pan y poesía. La posición de quien es poeta” (1984) cuando la maravillosa poeta norteamericana, feminista y lesbiana, alude en sus reflexiones a esa dinámica que la desveló entre la poesía como lenguaje y la poesía como un tipo de acción que arde, explora, se desnuda y se sitúa en diálogo con otros más allá del yo individual. La poeta es maestra en abordar allí, desde su propio trayecto como creadora posicionada en contextos de los años sesenta del siglo pasado en Norteamérica, la realidad de la sangre y del pan, dos materialidades que nos han desvelado a las escritoras feministas desde siempre. Trenzar esta incitación/provocación/seducción de Ángela Neira en esta trama reflexiva que he imaginado es, a no dudar, un desafío que expande los supuestos límites impuestos a nos-otras como creadoras feministas. Gratitud por ello.

Santiago centro
Noviembre, 2022